

A UNA DÉCADA DEL FATÍDICO VUELO

LA VIDA DESPUÉS DE LA TRAGEDIA DEL FAUCETT

CUARENTA JÓVENES CHILENOS VIAJABAN EN EL AVIÓN QUE SE ESTRELLÓ EN LAS QUEBRADAS DE AREQUIPA. JAVIERA GONZÁLEZ MAÑES ERA UNO DE ELLOS. ESTUDIABA ARTE Y REGRESABA JUNTO A SU POLOLO Y A VARIOS UNIVERSITARIOS QUE HABÍA CONOCIDO EN SU RECORRIDO POR ECUADOR Y PERÚ. SUS PADRES CUENTAN CÓMO HAN VIVIDO DESPUÉS DE SU MUERTE. Por **MARCELA ESCOBAR QUINTANA**



Javiera González Mañes

Ocurrió en año bisiesto y se sumó al calendario para enlutar a todo el país. Era el 29 de febrero de 1996. Cuarenta jóvenes chilenos que regresaban de sus vacaciones en Ecuador y Perú morían luego de que el vuelo 251 de la aerolínea peruana Faucett se estrella contra una quebrada en Arequipa. La noticia se supo esa misma noche. Los jóvenes eran, en su mayoría, universitarios, alumnos de la Universidad Católica, la Diego Portales, la Finis Terrae. Viajaban en grupos, con ex compañeros de colegio, con sus pololos y pololas. Viajaban sin pensar que Arequipa sería el fin del viaje.

Ahora, cuando ya ha pasado una década, Hernán González Urzúa habla de aquel dolor. Un dolor que aplasta, imposible de transmitir. Su mujer, Celia Mañes, dice que pese a la vida que vino después, siempre habrá un vacío. El que dejó María Javiera González Mañes, una de las muchachas que viajaba en aquel avión, su hija menor. En estos diez años, la vida sobrevivió a la muerte y siguió su curso: los cuatro hijos del matrimonio se casaron, tuvieron hijos, los convirtieron en abuelos de ocho nietos

GENTILEZA YVAN SALCEDO



En las colinas cercanas a Ciudad de Dios, monolitos y cruces recuerdan la tragedia.

de un noveno que está por nacer. El recuerdo de Javiera da vueltas entre esos niños que no la conocieron.

Los primeros meses después del accidente fueron los más duros. "Estuvimos el 96 y el 97 muy afectados", reconoce Hernán González. Los padres de las víctimas se reunieron en distintos grupos y recibieron el apoyo espiritual de los sacerdotes Felipe Berríos, John O'Reilly y Gerardo Joannon. Aquel aliento no evitó, sin embargo, el cuestionamiento tremendo que agobiaba a don Hernán, un hombre de fe profunda, formado religiosamente en Schoenstatt.

No se rebeló contra Dios ni lo vio como una prueba. Su inquietud era tan precisa como agobiadora sobre el destino de su hija. "Sí, murió, ¿pero estará en alguna parte, cómo estará? ¿Y los otros niños?"

Celia, en tanto, lo primero que sintió fue un bloqueo. No quería creer que su hija iba en ese avión; prefería pensar en un error.



“Por mucho tiempo sentía el timbre, salía corriendo y decía *es la Javiera*. Pensaba que por algún motivo se había bajado antes, que todos creían que estaba en el avión pero que no estaba”. Dos meses después del accidente la llamaron de Arequipa: luego de limpiar el lugar del siniestro, habían encontrado pertenencias de las víctimas. Allí estaban las cosas de Javiera. Y Celia viajó a su encuentro.

Fue uno de los sacerdotes que lo apoyaban espiritualmente quien le prestó a Hernán un libro sobre *escatología*, la disciplina teológica que habla sobre el destino después de la muerte. Su salud se quebró por esos días: unos meses antes del accidente de Javiera, había sido operado por un melanoma que tenía en su oreja. Se trataba de un cáncer que después lo sorprendería con las defensas bajas, obligándolo a operarse unas diez veces. Por eso decidió jubilarse anticipadamente y con ello tuvo el tiempo

para leer cuanto libro sobre escatología llegó a sus manos. Decidió, también, que era capaz de escribir sobre el tema, animado por su propia experiencia y convicción.

“Ahí comencé a entender”, dice. Y descubrió los pañuelos desechables, que usaba a razón de diez paquetes diarios. Se sintió libre de llorar, incluso en la calle. “Esta es una experiencia que te aplasta”, repite, “que sólo es soportable bajo la luz de la fe”.

La fe en que la menor de sus hijas está en el mejor de los lugares posibles.

JAVIERA

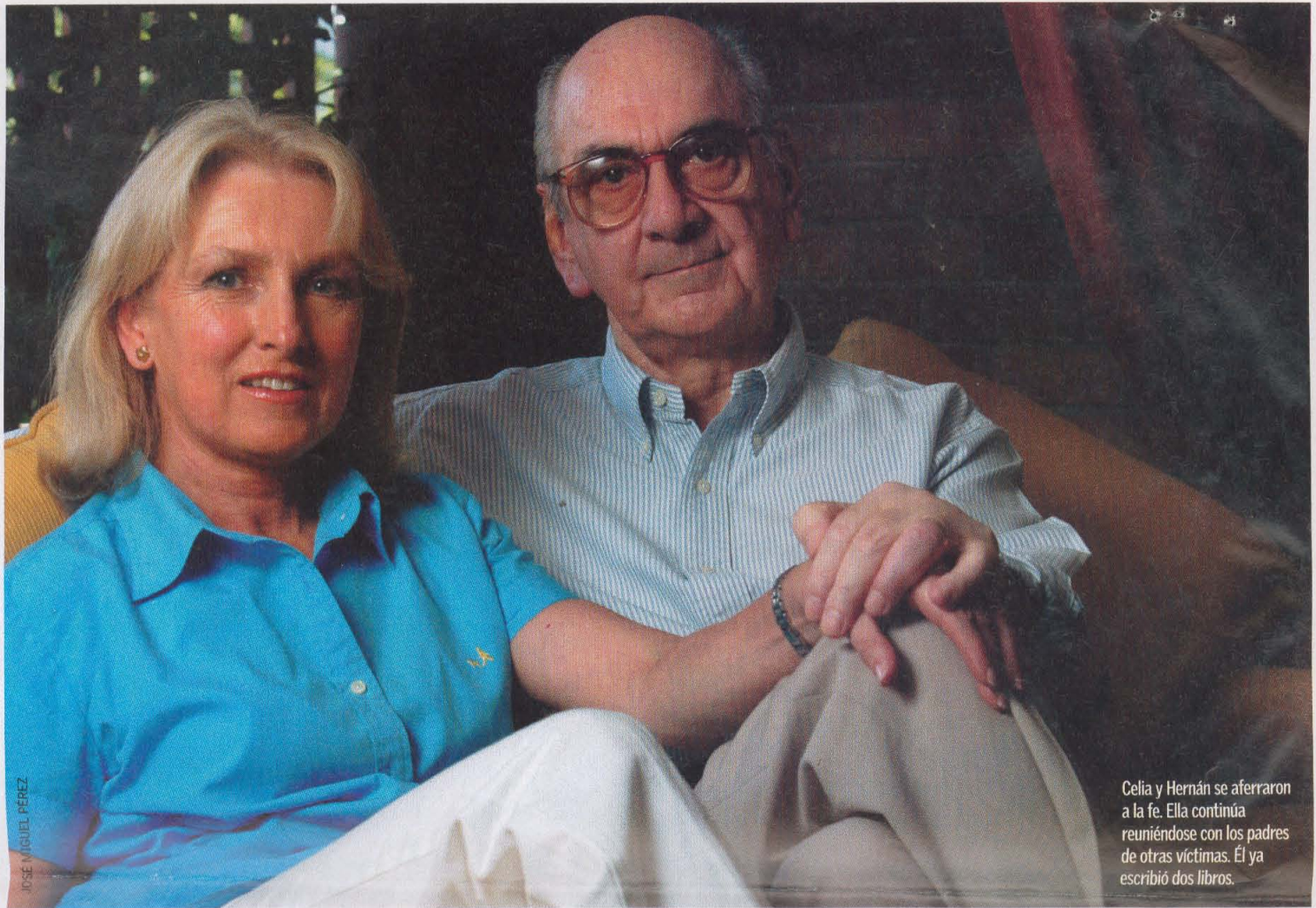
Javiera estudiaba Arte en la Universidad Finis Terrae. No era su primera carrera: antes había ingresado a Historia en la UC, pero se retiró a mitad de año. El arte la entusiasmaba y tenía talento e ímpetu. Fue, incluso, delegada de su curso. Las paredes del departamento de sus padres siguen hoy tapizadas

con sus cuadros y un rincón la recuerda especialmente: allí está ella, convertida en escultura, observando desde el living.

Los hermanos González Mañes eran cinco, tres hombres y dos muchachas. Javiera, la menor, tenía 20 años. Con su hermana Francisca se llevaban por dos y eran muy cercanas, compartían dormitorio y clóset. Sin ser devota, asistía a algunas reuniones en Campanario, donde está el santuario de Schoenstatt. Aquellas veces, Javiera conversaba con los sacerdotes o bien le manifestaba a su padre sus interrogantes.

En una ocasión, Hernán González escuchaba concentradamente a Louis Armstrong cuando apareció, de pronto, su hija menor. “Se pasó este viejo, *heavy*”, le dijo la muchacha. “No sabía que te gustaba el jazz”, se asombró, satisfecho, el padre. “Sí”, respondió ella, “lo estoy entendiendo”.

El jazz no es para todos, dice Hernán. No todos lo entienden.



JOSE MIGUEL PÉREZ

Celia y Hernán se aferraron a la fe. Ella continúa reuniéndose con los padres de otras víctimas. Él ya escribió dos libros.

El padre de Javiera recalca que el grupo de muchachos que viajaba en ese avión compartía cierto espíritu. Varios de ellos participaban activamente en la llamada "Navidad de los pobres"; otros hacían voluntariado en las poblaciones.

En los días previos al viaje, Javiera pasaba largas jornadas con su madre. Una tarde después de almuerzo se tendieron en la cama del matrimonio, encendieron el televisor y dieron con una película que retrataba la vida de Mozart. Días después, la joven trajo a casa un disco con el *Réquiem* del austriaco. Se lo habían prestado y quería escucharlo con su madre. "Mamá, ven, escucha qué maravilla. Cuando yo me muera, quiero que lo pongan en el funeral", le pidió a Celia. Y Celia lo recordó en esos minutos funestos cuando enterraban los restos de su hija luego de aquel último viaje. Era tal la confusión, la tristeza infinita, que no hubo fuerzas para escuchar otra vez a Mozart.

EL VIAJE

A Javiera, como al resto de los muchachos del avión de Faucett, le gustaban los

viajes sencillos. Nada de lujos, prefería las mochilas y los destinos que la sorprenderían aunque no contaran con todas las comodidades. Tenía especial interés por la cultura andina. El verano anterior a este viaje estuvo en Cuzco, en Machu Picchu y Arequipa. Para el verano de 1996, el primer destino en mente fue la selva boliviana. "Por ningún motivo", sentenció su madre. "Esos son lugares peligrosos". Pero ella tenía su propio argumento: "Hay más peligros en el Paseo Ahumada".

Ese viaje lo preparó todo el año. En Navidad trabajó como dependiente en Fabela y luego promocionando teléfonos. Viajó hasta un paso fronterizo para realizar un catastro de los turistas argentinos que ingresaban al país y reemplazó por una semana a la secretaria de su padre.

Tres días antes de la fecha prevista para el viaje, Javiera enfermó del estómago. Su madre le advirtió que no podría partir si no se recuperaba. "Te voy a cuidar lo más que pueda", le dijo Celia, quien se esmeró con su hija menor. "Hasta le di la comida en la boca", recuerda hoy. "Mira qué lindo: como a una guagua".

Javiera se recuperó e incluso alcanzó a ir

a la peluquería. La primera parte del viaje sería por tierra, en bus desde Santiago a Arica. Su amiga Natalia Amenábar llegó a buscarla a las 7 de la mañana del 3 de febrero para irse al terminal de buses. Antes de despedirse, Celia dibujó en la frente de su hija la señal de la cruz.

Hoy Celia trae estos recuerdos al presente con tranquilidad. Lo que existe de Javiera en su memoria es alegría y la convicción profunda de que en Ecuador ella fue inmensamente feliz. No sólo estaba con sus mejores amigas: la ruta fue visitada ese año por varios grupos de chilenos, y en uno de ellos —formado por ex alumnos del colegio Manquehue— viajaba su pololo, Javier Valdés Joannon. Cada vez que Javiera llamó a Celia desde Ecuador, la madre supo lo contenta que estaba.

"Mamá, hicimos un paseo en bicicleta".

"Mamá, hoy nos bañamos en medio de los monos".

"Mamá, me compré un libro de Guayasamín y no me quedó ni un peso. Pero no importa porque es fantástico".

El libro de Guayasamín fue una de las pertenencias de Javiera que sus padres lograron recuperar. Es un recuerdo tan pre-

ciado como el relato del último día de viaje que Javiera compartió con sus amigas, a las que conocía desde el kinder, cuando ya había decidido regresar a casa antes que el resto. Estaban todas en la playa sentadas en hilera, y en el momento de la despedida Javiera se puso de pie. Las abrazó, una a una. "Como en un ritual", continúa Celia. "Se despidió de cada una personalmente".

ESA NOCHE

La noche anterior al vuelo, Javiera González llamó a su casa para saludar a su padre, quien cumplía años. Estaba en Tumbes, Ecuador, pero había decidido adelantar su regreso: una infección en su oído no terminaba de sanar.

"Javiera, ¿te voy a buscar?", le preguntó su hermano mayor.

"No, porque no sé a qué hora. Mejor yo llevo a la casa".

Su madre ya había reservado cita con el médico para que revisara su dolencia. Javiera tenía entradas para ver *La Negra Ester* la semana siguiente y le había dicho a su madre que quería regresar, que quería comerse un plato de porotos granados.

Javiera salió de Tumbes en un vuelo directo a Lima. Buena parte de los chilenos que hacían viajes similares al de Javiera y sus amigas partían también de regreso, entre ellos Javier, su pololo. En Lima, aborدارían la nave de Faucett que los llevaría primero a Arequipa y luego a Tacna. Desde ahí, a Santiago. Una de las jóvenes que venía en el avión desde Tumbes sólo consiguió pasaje hasta la capital peruana. Gracias a ella, los padres de los muchachos supieron que el grupo venía de fiesta, feliz, cantando voz en cuello el "Si vas para Chile".

Esa muchacha no sería la única en retrasar su viaje y, de paso, salvarse. Paulo Tamargo, el mejor amigo de Javier Valdés, debió quedarse en Ecuador porque no se recuperó de una afección al estómago. Después del accidente, Paulo visitó el cementerio y conoció allí a Francisca, la hermana de Javiera. Le contó que él también había hecho ese viaje y que tenía fotos. No se separaron más. Se casaron y tienen dos hijas.

La noche del jueves 29 de febrero de 1996, Celia Mañes se acostó tarde. Su esposo ya estaba en la cama. Cuando terminaban de ver el informativo de la media-noche, una noticia de último minuto los

congelaría de espanto. El conductor Jorge Díaz anunciaba que un avión había caído entre los cerros cercanos a Arequipa.

"Salté de la cama y dije '¡la Javiera, la Javiera!'", recuerda Celia. "Hernán me retó. Toda la vida pensando lo peor", me dijo. "Cómo se le ocurre".

Los canales de la televisión por cable mostraron un avión en llamas. La familia estaba confundida: Javiera había dicho que partía desde Tumbes; el avión accidentado, sin embargo, había despegado en Lima. No había más información, sólo suposiciones. A esa hora, otra familia recibía la llamada de un taxista que pasaría a buscar a la joven Paula Guazzini y a sus amigas en el aeropuerto de Tacna, última escala del Faucett 251. El hombre les diría que el avión no había llegado y, sin ser capaz de anunciarles lo peor, les pediría que prendieran el televisor y miraran el cable. Ellos serían los primeros familiares chilenos en enterarse del accidente.

En la casa de los González Mañes, la noticia tardó en confirmarse. Las sospechas de Celia persistían. A las 6 de la mañana del 1 de marzo llamó al aeropuerto de Lima y preguntó si en el avión siniestrado viajaba María Javiera González.

La hicieron esperar. "No, no viene ninguna Javiera González", le dijeron. Celia insistió y revisaron otra vez. "Viene una María González", informaron desde Lima.

"No puede ser. Déme algún dato más".

En los registros no figuraban los segundos nombres de los pasajeros, pero le ofrecieron revisar quién viajaba al lado de María González. "Javier Valdés", escuchó Celia desde el otro lado del teléfono. Era el nombre del pololo de su hija.

"Ahí se precipitó todo", dice ahora Celia, y su voz se apaga hasta silenciarse por completo. Permanece callada y con la vista fija por unos segundos, hasta que murmura los únicos adjetivos posibles para describir ese momento: "Terrible, terrible, terrible... tremendo".

EL ACCIDENTE

El Faucett 251 era pilotado por Juan Mayta, un hombre experimentado que en-

tonces tenía 54 años y más de doce mil horas de vuelo. El avión despegó de Lima a las 19.20 horas, veinte minutos después de lo esperado. A las 20.10, y luego de realizar el trayecto en forma normal -Mayta había hecho ese recorrido cientos de veces-, pidió a la torre de control del aeropuerto Alfredo Rodríguez Ballón, en Arequipa, que autorizara el aterrizaje.

Lo que vino después no es claro. Se sabe que Mayta se comunicó con la torre, como era previsto, cuando estaba a once mil 500 pies y luego a nueve mil 500 pies. Luego de este reporte, el piloto debería haber avistado las luces de la pista de aterrizaje. En vez de aquello, Mayta pidió: "Dame más luz". "Están a máxima potencia", respondió la torre.

La alarma cundió en el aeropuerto cuando el Faucett no apareció sobre la pista. Otro avión que realizaba la misma ruta, de la línea Aeroperú, informó que sobre las lomas y quebradas vecinas al poblado de Ciudad de Dios se observaba "una luz con

resplandor intenso".

Bastó una vuelta en 360 grados para que el Aeroperú confirmara el accidente: "Torre, torre, torre. Hay fuego en el cerro. Es la nave Faucett".

Las conjeturas sobre las causas de la tragedia se sucedie-

ron pero ninguna fue concluyente. Que fallaron los altímetros, que el vuelo venía sobrecargado, que estaba demasiado nublado. Incluso, que Mayta sufriría de ciertos trastornos que lo habrían tornado inseguro en una ruta que le era habitual. Lo concreto es que la nave volaba a muy baja altura y se estrelló contra las colinas, primero su cola y luego el resto, lo que provocó el incendio.

Celia Mañes visitó el lugar dos meses después y conoció otra tesis: en Ciudad de Dios, el poblado vecino, habían instalado el tendido eléctrico apenas unas semanas antes. Eso pudo haber confundido a Mayta, llevándolo a pensar que esas luces eran las de la pista de aterrizaje.

Cuando Celia llegó a esas quebradas, lo hizo junto a su hija Francisca y a otras mamás de los chilenos. Las habían llama-

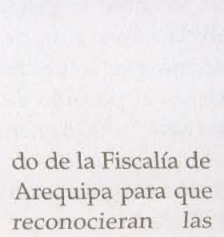
ESA NOCHE, ANTES DEL ACCIDENTE, LOS JÓVENES FESTEJARON SU REGRESO CANTANDO "SI VAS PARA CHILE".



1. Pamela Antonacos.
2. María Inés Castro, Paulina Achondo, Carolina Tapia, Bernardita Ovalle y Carolina Jarpa.
3. Angie Morello, Eduardo Vergara.
4. Paula Guazzini.
5. Cristóbal Hevia.



6. Nicolás Macchiavello.
7. Germán Vergara.
8. Ariel Hojman, Viviana Blanc.
9. Soledad Novales.
10. Arturo Torres, Macarena Silva.
11. Carolina López.
12. Flavio Antognoli, Francisco Gerlach.
13. Ana Osorio.
14. Mariela Rajido.
15. Claudio López.
16. Gerardo Nieto, Carolina Zegers.
17. Pamela Pollak.
18. Javier Valdés.
19. Cristian Iglesias.



do de la Fiscalía de Arequipa para que reconocieran las últimas pertenencias que se encontraron de las víctimas. Ella creyó que sería imposible de resistir: "Pensamos que nos íbamos a sentar ahí y que sería tremendo. Pero llegamos y no hubo ninguna lágrima. Por el contrario, nos produjo una infinita paz, conectándonos con ellos de una forma muy especial. Corría un vientecito... y el silencio, el silencio".

LA TRISTEZA TRIUNFANTE

En estos diez años, Hernán González ha escrito dos libros. El primero, *Ellos no están ausentes* (2000), es una cita directa al accidente en el que falleció su hija y los demás jóvenes. El texto nació luego de que él comentara sus reflexiones acerca de lo que sucede después de la muerte en una de las reuniones que sostenían, habitualmente, los padres de las víctimas.

Ya había leído suficientes libros sobre escatología para llegar a un convencimiento: "Javiera está en la eternidad, está en el cielo, en cuerpo y alma. En presencia del Redentor".

Eso lo tranquilizó. "Nuestra tristeza es una tristeza triunfante", dice, "porque si

bien como humano sufres tremendamente, ir conociendo qué sucede es un triunfo. Es la tristeza triunfante de la redención".

Las reuniones entre los familiares se realizaron semanalmente todos los martes durante cuatro años. Era habitual que se juntaran las mamás, y en ocasiones la velada se retrasaba para permitir que los papás se sumaran a la reflexión. Celia todavía se junta con algunas madres y mantiene con ellas una amistad férrea.

En esos grupos, la reflexión de don Hernán caló hondo. Fueron ellos quienes le pidieron que escribiera ese primer libro. Entusiasmado, quiso incluir como último capítulo los escritos que, sabía, habían hecho los muchachos en vida. Javiera guardaba un libro lleno de poemas propios. Así, Hernán González contactó uno a uno a todos los papás y reunió además las fotografías de

HERNÁN GONZÁLEZ JUNTÓ LAS FOTOS DE LOS JÓVENES A MODO DE HOMENAJE. AQUÍ, 28 DE ELLOS.

todas las víctimas, a modo de homenaje.

Fue tal su inquietud personal que las emprendió con un segundo libro, *Hablemos sobre la eternidad, una ponencia sobre escatología cristiana* (2004). Allí profundiza todavía más en su convencimiento de que cuando alguien muere se sale del tiempo terrenal e ingresa a un tiempo eterno, donde está con un cuerpo nuevo. "El plan de Dios es simple, sencillo, transparente. No es complicado, no es tortuoso", plantea, seguro de que volverá a ver a su hija.

Aunque la idea lo reconforta, no impide que todavía la extrañe. "Uno sigue siendo de naturaleza limitada, con todas sus sensaciones. Hay momentos en que de nuevo tengo que sacar un pañuelo", admite, convencido de que Javiera está en cuerpo y alma en el cielo, y que ese recuerdo constante en su corazón ha transformado su dolor de padre en una tristeza triunfante.

EN INTERNET: MÁS FOTOS Y LOS ÚLTIMOS POEMAS DE JAVIERA EN WWW.EMOL.COM